

## DISCURSO DE RESPUESTA DE DON AURELIO MIRO QUESADA SOSA

La Academia Peruana de la Lengua, correspondiente de la Real Española, recibe complacida al nuevo Miembro de Número que se incorpora hoy oficialmente a nuestra casa. Cuando en 1980, con ocasión del VIII Congreso de Academias de la Lengua, decidimos ampliar nuestra nómina y buscar en diversos sectores a quienes nos acompañaran con su dedicación y con sus luces, uno de los primeros nombres que surgió fue el de José Agustín de la Puente Candamo, quien después fue elegido con la más honrosa votación. Sabíamos que al recibir al nuevo Académico no sólo reconocíamos su labor de maestro y su notorio prestigio intelectual, sino cumplíamos lo que siempre hemos deseado para nuestra institución casi centenaria: la comunidad espiritual dentro de su legítima pluralidad de preocupación y de opiniones, la devoción sin retaceos por todo lo que atañe a la cultura del Perú.

Tal es el caso de José Agustín de la Puente Candamo, a quien la Academia Peruana de la Lengua me ha dado el grato encargo de saludarlo y responderle su excelente discurso de toma de posesión.

Nacido en Lima en 1922, puede decirse que el nuevo Académico no sólo es desde entonces sino desde mucho antes vecino de Lima. En su bellísima casa-quinta de Orbea, una de las joyas de nuestra arquitectura virreinal que él

cuida diariamente con esmero y con arte, las paredes están ornadas con los viejos retratos de antepasados suyos, que representan una tradición de señorío pero también entrañan una responsabilidad. Y esa responsabilidad se le acrecienta con la virtud republicana de su abuelo materno, el sereno estadista, el varón justo que fue Manuel Candamo, Presidente Constitucional de la República, a quien la muerte arrebató cuando más se esperaba de su talento y de su patriotismo.

Esa doble tradición familiar tiene que haber influido y decidido la vocación de José Agustín de la Puente por la historia. Alumno del Colegio de los Sagrados Corazones o de la Recoleta, seguidor de estudios superiores en la Pontificia Universidad Católica de Lima, catedrático allí mismo al poco tiempo en el curso de Historia del Perú en la Independencia y la República, su labor ha sido constante y fructuosa. Desde la fundación del Instituto que lleva el nombre ilustre de José de la Riva-Agüero ha sido además, sucesivamente, Secretario, Sub-Director y Director de ese centro de estudios; ha dirigido allí el Seminario de Historia por veinte años; y ha lucido sus dotes de organizador como Decano de la Facultad de Letras.

Pocos autores han sabido mantenerse, a través de los años, tan fieles a sí mismos y a su labor intelectual. Pocos como él tan serios y tan auténticos en la investigación, tan caudalosos en el acopio de fuentes documentales publicadas e inéditas, tan rigurosos en el análisis de personajes y de etapas históricas. Pocos como él también han conservado al fondo de su documentación y de su método la afirmación de la nacionalidad, la entereza moral para sostener sus principios, con una forma suave y una elegante y serena medida.

Su primer libro publicado fue "San Martín y el Perú - Planteamiento doctrinario", que obtuvo el premio nacional de Fomento a la Cultura. Allí estudió la acción en el Perú

del Gran Capitán de los Andes, desde la idea fundamental de llegar al Perú por el Pacífico y no empeñarse solamente en la desgastadora campaña por el Alto Perú, hasta su desembarco en nuestras playas, la prudencia para lograr que Lima cayera con la neutralidad de una fruta madura; y luego el Protectorado y su obra jurídica, las desazones internas y externas, la entrevista con Bolívar en Guayaquil y el abnegado retiro del Prócer. De la Puente acentúa el pensamiento esencial de San Martín y no se arredra, con honradez histórica, ni ante el tema difícil del plan monárquico; y esto por dos razones: porque en aquel momento lo principal para San Martín era conseguir la independencia y lo secundario la forma de gobierno, y porque a pesar de cualquier monarquismo tuvo siempre la virtud cívica del republicano, el respeto a la libertad y a la "voluntad general de los pueblos".

Son ese paso del Virreinato a la República y luego los años de determinación de la nacionalidad los que más atraen la investigación de De la Puente. Es una etapa fundamental, porque a pesar de los cambios externos y por encima de todas las teorías, en ella se revela la continuidad esencial del Perú. Por más evidentes diferencias, desafío de zonas geográficas, distinciones de color y de clase, peculiaridad del proceso en el tiempo, hay en el fondo una unidad, un "todo histórico", que es lo que marca con caracteres distintivos la personalidad nacional del Perú.

José Agustín de la Puente insiste en esa continuidad y como centro de su pensamiento y de su obra afirma no sólo la realidad tangible sino la importancia moral y espiritual del mestizaje. No se trata únicamente del proceso biológico, que hizo que el Inca Garcilaso asumiera orgullosamente el nombre de mestizo y se honrara con él. Los nuevos criterios desplazan a un campo secundario los elementos étnicos y la estadística resuelve problemas que antes se plantearon, con la comprobación del número de mestizos

absolutamente mayoritario en el país. Pero para nosotros es algo mayor y más profundo, que está en todo y por todo, en la tierra, la sangre y la historia, en la presencia física y en el contenido cultural. Por encima de valoraciones y de juicios, más allá y más acá de las apreciaciones subjetivas, está la verdad palpable y objetiva del mestizaje constante y solidario en todos los aspectos de la vida nacional.

Es éste un motivo constante de la meditación de De la Puente; pero hay otros temas enlazados en sus raíces y en su evolución: la formación histórica del Perú, los antecedentes de la Independencia en el siglo XVIII, lo que él llama la "causa" y la naturaleza de nuestra emancipación, el pensamiento político de San Martín y su identificación con el Perú, la independencia nuestra dentro del proceso de la independencia hispanoamericana, el autoritarismo y la anarquía en los comienzos de la vida republicana, Bartolomé Herrera y su concepción del Perú, Manuel Pardo y su respeto al orden y a la vida institucional, la calidad humana de Miguel Grau y su heroísmo, los dolorosos años de la guerra, el renacimiento nacional y, ya sobre tiempos más cercanos, la visión del Perú en José de la Riva-Agüero y Víctor Andrés Belaúnde, maestros de pensamiento en la Universidad Católica.

Quizá como lema general de De la Puente podría repetirse el título que puso Riva-Agüero a una recopilación de sus estudios: "Por la verdad, la tradición y la patria".

Así se ve también en el hermoso discurso que nos acaba de leer. No es sólo la reflexión profunda de su autor, sino su aplicación como maestro a la doctrina y al sistema de la enseñanza de la historia. ¿Qué es el Perú para los peruanos? ¿Cuál es la relación entre la enseñanza de la historia nacional y la vida peruana?, se pregunta. Y de su estudio se desprenden dos grandes respuestas.

La primera, la importancia de la historia, no como narración o reconstrucción de un pasado que puede sentirse

distante o ajeno, sino como reconocimiento de una parte viva de nuestra propia realidad. El pasado del país no es nunca un asunto extraño, porque, nos guste o no nos guste, con sus luces o sombras, con sus venturas o sus desventuras, está vigente siempre en nuestra vida de todos los días. La historia del Perú es una sola y desechar alguna parte de ella sería como arrancarnos algún pedazo de nosotros mismos.

La segunda respuesta, enlazada con la anterior, es que el estudio de nuestra historia es esencial para entendernos, para conocer la formación espiritual y social del Perú, para saber también a dónde vamos. No hay desarrollo nacional —nos dice— sin una conciencia histórica; y no hay conciencia nacional sin un conocimiento cabal de nuestra historia. Lejos de la ignorancia y del desánimo, pero sin pueriles triunfalismos, nuestra obligación es conocernos y, al conocernos, fortificar lo que nos une y no extremar nocivamente lo que nos separa o nos desune; porque el gran mandato en el Perú es la solidaridad de los peruanos.

Recojamos este noble mensaje y al recibir como Académico a José Agustín de la Puente Candamo en este solemne día de su toma de posesión, reiterémosle, en nombre de la Academia Peruana de la Lengua, nuestra más sincera y cordial bienvenida.